

José Granados

CUARESMA

Viaje al fondo de la carne

didaskalos

78



JOSÉ GRANADOS

CUARESMA

Viaje al fondo de la carne



Imagen de cubierta: SIEGER KÖDER, "Dios mío, Dios mío", Vidriera, Jacobuskirche auf dem Hohenberg, Rosenberg, Alemania.

Primera edición: febrero 2013

© José Granados

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-3920-2023

ISBN: 978-84-19431-08-0

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

A Benedicto XVI, in memoriam

Índice

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	9
MIÉRCOLES DE CENIZA. <i>La conversión del polvo</i>	15
JUEVES DESPUÉS DE CENIZA. <i>Elige el cuerpo de Cristo, y vivirás</i> .	18
VIERNES DESPUÉS DE CENIZA. <i>Ayunar hacia el esposo</i>	22
SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA. <i>Médico de lo profundo del cuerpo</i> .	25
DOMINGO I. <i>Las tentaciones, dos lógicas del cuerpo</i>	29
LUNES I. <i>El juicio en la carne: miseria y misericordia</i>	34
MARTES I. <i>Padrenuestro, la oración de la carne</i>	38
MIÉRCOLES I. <i>El signo de Nínive: es posible vivir así</i>	43
JUEVES I. <i>Llamad, pedid, buscad: orando con todos los sentidos</i> .	46
VIERNES I. <i>La justicia que desborda es la justicia del amor</i>	49
SÁBADO I. <i>Amor extraordinario: perdonar al enemigo</i>	53
DOMINGO II. <i>Transfiguración, trans-visión</i>	56
LUNES II. <i>A nosotros, la vergüenza en el rostro</i>	60
MARTES II. <i>Irradiar la paternidad</i>	64
MIÉRCOLES II. <i>Por vosotros y por muchos</i>	67
JUEVES II. <i>Corazón que no ve, ni toca, ni escucha</i>	70
VIERNES II. <i>Envío al hijo para salvar a la esposa</i>	74
SÁBADO II. <i>El hijo pródigo desde el Hijo único</i>	78
DOMINGO III. <i>Samaritana y bautismo: amor nuevo, deseo nuevo</i> .	82
LUNES III. <i>Insoportable cercanía: Dios en el cuerpo</i>	86
MARTES III. <i>Dejarse perdonar, setenta veces siete</i>	90
MIÉRCOLES III. <i>Plenitud de la Ley, plenitud del lenguaje del cuerpo</i> .	94
JUEVES III. <i>Jesús, fortaleza en la carne débil</i>	97
VIERNES III. <i>La cruz unifica los mandamientos del amor</i>	100
SÁBADO III. <i>Justificados de rodillas</i>	104

	<i>Págs.</i>
DOMINGO IV. <i>“Tomad mi cuerpo, tomad mis ojos”</i>	108
LUNES IV. <i>De signo en signo, hasta el gran signo</i>	112
MARTES IV. <i>Del cuerpo enfermo al cuerpo manantial</i>	115
MIÉRCOLES IV. <i>Mi cuerpo, mi vida, mi Padre</i>	119
JUEVES IV. <i>Padre del siglo futuro</i>	123
VIERNES IV. <i>El hombre, un ser para la vida</i>	127
SÁBADO IV. <i>Ni cruz sin pan, ni pan sin cruz</i>	131
DOMINGO V. <i>Resucitar Betania</i>	135
LUNES V. <i>Del adulterio a la fidelidad</i>	139
MARTES V. <i>Serpiente contra serpiente</i>	143
MIÉRCOLES V. <i>La cruz en llamas</i>	147
JUEVES V. <i>La risa de Abrahán y la cruz de Jesús</i>	151
VIERNES V. <i>Viaje hasta el fondo de la imagen</i>	154
SÁBADO V. <i>La brújula de la cruz</i>	157
DOMINGO DE RAMOS. <i>Destruir y construir el cuerpo</i>	161
LUNES SANTO. <i>Olfato de vida que lleva a la vida</i>	165
MARTES SANTO. <i>¡Bienaventurada Pasión! ¡feliz Pasión!</i>	168
MIÉRCOLES SANTO. <i>Judas antieucarístico</i>	172
JUEVES SANTO. <i>Eucaristía: edificar casas, plantar viñas</i>	176
VIERNES SANTO. <i>La cruz, carne de oración</i>	180
EXCURSUS. <i>Guerra y cruz: la última razón de Dios</i>	184
SÁBADO SANTO. <i>Grita el silencio del cuerpo</i>	189
DOMINGO DE PASCUA. <i>“¡Levántate, brilla!”</i>	193
19 DE MARZO, SAN JOSÉ. <i>Hombría grave y entusiasmada</i>	198
25 DE MARZO, LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR. <i>“Tomad mi carne, tomad mi madre”</i>	202

Introducción

“Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte...”. El breviario propone estas coplas de Jorge Manrique para el miércoles de Ceniza. Se nos invita así a sacudir el alma, a desperezarla.

La Cuaresma es buen momento para recordar que tenemos alma. Y esto quiere decir: para recordar la hondura de la vida, lo mucho que nos jugamos en ella, su alegre seriedad. El alma, en efecto, indica lo eterno en nosotros. Porque tenía alma intuía el poeta latino: “No moriré yo todo”. A lo que añadía san Juan Pablo II: “No moriré yo todo. Lo que es imperecedero en mí / [estará] cara a cara con Aquel que es”.

Cuaresma, tiempo del alma. Pero ¿y nuestro cuerpo? ¿Pertenece el cuerpo a eso que “es imperecedero en mí”, y que “estará cara a cara ante Aquel que es”? El mismo Jorge Manrique se

quejaba de que prestamos al cuerpo demasiada atención, y por eso se nos duerme el alma:

Si fuese en nuestro poder
tornar la cara hermosa
corporal,
como podemos hacer
el alma tan gloriosa
angelical,
¡qué diligencia tan viva
tuviéramos cada hora,
y tan presta
en componer la cautiva,
dejándonos la señora
descompuesta!

Hoy tenemos muchos más medios para “tornar la cara hermosa, corporal”. Crece el interés por el tatuaje, la cirugía estética y el culturismo o “body building”. Tanto desvelo por el cuerpo no es necesariamente negativo, pues puede propiciar que en el cuerpo se busque la transcendencia. ¿Qué modo de vivir el cuerpo permite hallar en él el misterio? ¿Hay en el cuerpo, no solo superficie, sino también hondura?

Pensemos, por ejemplo, en la hondura del vientre materno, donde hemos recibido la vida, y donde se empezaron a anudar los vínculos con nuestros padres. “¡Recuerde el alma dormida...!”: si nuestra alma puede recordar, es porque el cuerpo guarda esta memoria primera. “¡Avive el seso y despierte!”: si nuestra alma puede despertar, es porque el cuerpo la saca de sus ensueños, al censarnos en una ruidosa familia.

Pensemos, además, en la hondura de la unión del hombre y de la mujer, hechos una sola carne para compartir la vida en alianza. La unidad de ellos es tan profunda que hunde en Dios sus raíces y por eso son capaces de prolongar la obra del Creador. Las lecturas del miércoles de Ceniza detectan esta hondura, cuando invitan al esposo y a la esposa a juntarse orantes (cf. Jl 2,16).

Pues bien, esta hondura humana de la carne nos abre los ojos para reconocer cómo la carne está en el centro de nuestra fe. El Hijo del hombre asumió la carne, y toda su vida fue un largo camino para tatuar en su fondo, imborrable, la imagen de Dios. Cristo llegó hasta el fondo de la carne porque reconoció el origen de ella en el Padre y porque entregó su carne por los hermanos para formar un solo cuerpo. Llegó hasta el fondo de la carne porque bebió hasta las heces el cáliz de nuestro dolor sin que le detuviera la muerte. Llegó hasta el fondo de la carne porque, resucitando, reabrió para la carne las fuentes del Espíritu de vida, hasta que la carne misma pudiera decir: “no moriré del todo”, y permanecer de pie delante de Aquel que es.

Nuestro mundo se ha secularizado por haber olvidado el vínculo entre la carne y el misterio. Pues es en el cuerpo donde el Dios cristiano ha querido revelar su amor e invitarnos a abrazarlo. Por tanto, el interés de nuestra época por el cuerpo, con todas sus ambigüedades, puede leerse como una oportunidad para anunciar la salvación precisamente en ese lugar donde Dios ha querido ofrecerla.

Esta fue la gran intuición de san Juan Pablo II al proponer su “Teología del cuerpo” (cf. Juan Pablo II, *Hombre y mujer los creó. Catequesis sobre el amor humano*, Madrid, Cristiandad, 2000).

Recogiendo el guante que nos lanzó, querría proponer en este libro la Cuaresma como un viaje al fondo de la carne.

Es importante que la Cuaresma no nos regala solo una palabra sobre el cuerpo, sino que nos invita a emprender un camino juntos para que el cuerpo se exprese. Pues el cuerpo habla a través de sus deseos, sus acciones, sus vínculos. Y por eso necesita de esas prácticas comunitarias en que los deseos, acciones, y vínculos, se orienten hacia la plenitud última del hombre: la unión con Dios. Lejos de negar la carne, las prácticas cuaresmales de oración, ayuno y limosna quieren enseñarnos de nuevo el lenguaje del cuerpo, capaz de abrir nuestras vidas hacia el misterio.

En la portada de este libro se ve una vidriera del artista alemán Sieger Köder. Representa a un hombre que abraza, cerca del corazón, la cruz de Cristo sufriente. El viaje al fondo de la carne es el que efectuó Cristo hasta la cruz, y es la plasmación de esta cruz en el corazón humano, suscitando así un amor nuevo.

Ahora bien, el título que puso Köder a la vidriera nos ayuda a mirar con atención y descubrir algo más. Este título es “Dios mío, Dios mío”, y se refiere al Salmo 22[21]: “¿Por qué me has abandonado?” La vidriera representa, por tanto, el grito descolorido de Jesús en la cruz, acosado en la imagen por los toros de Basán y las fauces de las fieras que descuartizan y rugen (Sal 22[21],13-14). Quien abraza a Cristo en cruz es, por tanto, el Padre mismo. El viaje al fondo de la carne, que el Crucificado llevó a cabo, nos muestra que en la carne se abre un camino hacia el misterio de Dios, que nunca abandonó a su Hijo, que lo acogió en sus brazos cuando inclinó la cabeza, que al tercer día lo resucitó.

Las páginas que siguen recogen una serie de pódcast pronunciados para comentar las lecturas de la misa diaria durante la Cuaresma de 2022. Salíamos entonces a trompicones de la pandemia del coronavirus y acababa de estallar la guerra entre Rusia y Ucrania. Van dedicadas al Papa Benedicto XVI, que hace poco concluyó su peregrinación terrena. Su gran empeño consistió en explorar las vías que, desde lo plenamente humano y en la comunión del cuerpo de Cristo, caminan hacia el abrazo final del Padre.

Roma, 2 de febrero de 2023

Fiesta de la Presentación del Señor

MIÉRCOLES DE CENIZA

La conversión del polvo

Jl 2,12-18; Sal 51[50]; 2Cor 5,20 - 6,2; Mt 6,1-6.16-18

El gran símbolo de este día, la ceniza en nuestra frente, plantea la pregunta sobre el significado del cuerpo. Ceniza: la carne fugaz, que pasa y no vuelve, como la hierba del campo. Ceniza: fuimos plasmados de la tierra y a ella volveremos. Ceniza: el cuerpo, dependiente y frágil, es polvo y en polvo se convertirá.

Pero ¿está dicho todo con esto?

Resulta que la ceniza, al revelarnos la carne pasajera, revela mucho más. Revela que necesitamos pedir ayuda y que podemos esperar que nuestro grito sea escuchado. Revela que necesitamos el amor y que ese amor lleva consigo una esperanza superior a nuestras fuerzas aisladas. Quevedo lo expresó así, recordando que habíamos de convertirnos en polvo, pero también que ese polvo se había abierto al amor: “polvo serás, mas polvo enamorado”. ¿Y no hay algo en el amor que desafía incluso a la muerte?

Este es el fondo del anuncio cristiano. El polvo es frágil y volverá al polvo. Pero ese polvo, humedecido, fue modelado por las manos de Dios y en él se insufló espíritu vital. Y por eso al polvo se le ha hecho una gran promesa. Si, siendo polvo, reconocemos en nosotros las huellas digitales del Creador, si nos convertimos a Él, si entramos en su amor..., entonces podremos recibir en plenitud su Espíritu.

Cuando se impone la ceniza se pronuncia una de estas dos frases: “polvo eres y en polvo te *convertirás*”, o “*conviértete* y cree en el Evangelio”. Son dos “conversiones” que guían toda la Cuaresma. “En polvo te convertirás”, es decir: acoge la humildad de la carne, llegando hasta su fondo de sufrimiento y muerte. Y, a través de esta debilidad, se abre la segunda conversión: “*conviértete* y cree en el Evangelio”, es decir, conviértete al gran misterio de vida y amor que se ha manifestado en la carne de Cristo para sanar y glorificar nuestra carne.

En suma, toda la Cuaresma trata de la conversión del hombre en polvo, pero no para quedarnos en esta primera conversión, sino para descubrir la conversión del polvo en carne resucitada, rebosante de vida. Este lenguaje de la carne está contenido en las tres claves de la Cuaresma: la limosna, la oración, el ayuno.

La *limosna* nos habla del cuerpo que se abre al hermano. La primera profundidad del cuerpo es que por él pertenecemos a una misma familia. Por eso la carne nos permite experimentar por dentro el sufrimiento del prójimo, y también sus esperanzas. Así dice la carta a los Hebreos: “acordaos [...] de los maltratados como si estuvierais en su carne” (Heb 13,3). Limosna: si el hermano es mi carne, si con él comparto el bien más hondo, ¿cómo no compartir los demás bienes!

En la carne nace también la *oración*, porque en la carne entendemos nuestra debilidad y nuestro menester de socorro. La oración del mendigo tiende abiertas las palmas a Dios, y esto basta como súplica. Quien no necesita nada, ése no ora. Orar consiste, siguiendo a san Agustín, en agrandar los deseos, para desear a la medida de los dones que Dios quiere regalarnos. Y los deseos nacen de la carne, como canta el salmista: “Mi carne tiene ansia de ti...” (Sal 63[62],2).

Finalmente, está el *ayuno*. La carne que ayuna clama, pues desea y no alcanza su deseo. Pero de ese modo no niega el deseo, sino que lo dirige a su meta última. Pues a veces nuestros deseos inmediatos ocultan los deseos más hondos. Ayunar no es acallar los deseos, sino encauzarlos hacia su plenitud. El ayuno cultiva el deseo por la cumbre de todos los deseos en el Amado. Es decir, el ayuno nos entrena para la resurrección de la carne, donde desemboca la Cuaresma.

Pedimos que en esta Cuaresma el Señor nos lleve al hondón de la carne. El hondón de la carne es la memoria que los dedos de Dios han dejado en ella. Y es la promesa que estos dedos sembraron: la carne colmada de la gloria del Creador. Cristo, tomando la cruz, muriendo y resucitando, nos lleva al fondo de la carne, y nos descubre qué hay en ese fondo: la imagen y semejanza de Dios.

Nuestro mundo se ha secularizado por haber olvidado el vínculo entre la carne y el misterio. Pues es en el cuerpo donde el Dios cristiano ha querido revelar su amor e invitarnos a abrazarlo. Por tanto, el interés de nuestra época por el cuerpo, con todas sus ambigüedades, puede leerse como una oportunidad para anunciar la salvación precisamente en ese lugar donde Dios ha querido ofrecerla.

La Cuaresma, además de regalarnos una palabra sobre el cuerpo, nos invita a emprender un camino juntos para que el cuerpo se exprese. Pues el cuerpo habla a través de sus deseos, sus acciones, sus vínculos. Y por eso necesita de esas prácticas comunitarias en que los deseos, acciones, y vínculos, se orienten hacia la plenitud última del hombre: la unión con Dios. Lejos de negar la carne, las prácticas cuaresmales de oración, ayuno y limosna quieren enseñarnos de nuevo el lenguaje del cuerpo, capaz de abrir nuestras vidas hacia el misterio.